



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: A Carlos Bosch García, para no interrumpir nuestro diálogo

Autor: Bayón, Damián

Forma sugerida de citar: Bayón, D. (1994). A Carlos Bosch García, para no interrumpir nuestro diálogo. *Cuadernos Americanos*, 3(45), 137-138.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 45, (mayo - junio de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

A CARLOS BOSCH GARCÍA, PARA NO INTERRUMPIR NUESTRO DIÁLOGO

Por *Damián Bayón*
CRÍTICO DE ARTE

SÍ, CARLOS, no es cuestión de interrumpir el diálogo. Me lo pide Elisa, pero aunque no lo hubiera hecho, yo —espontáneamente— me sigo dirigiendo a ti. Nuestros caracteres eran tan distintos: tal vez por eso mismo nos podíamos llevar tan bien, más que como amigos, yo diría que como verdaderos hermanos.

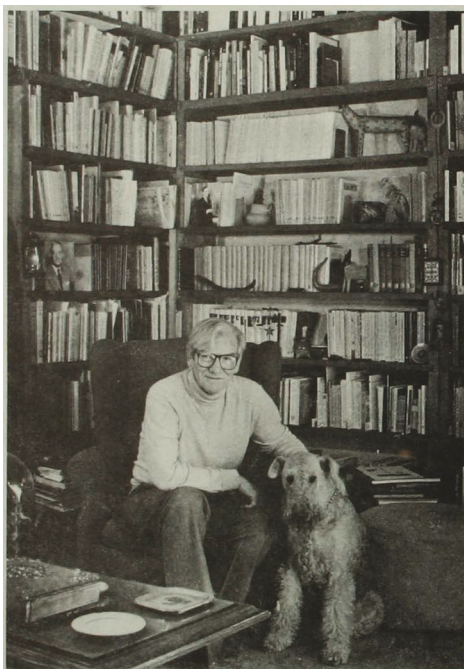
Una hermosa profesión común nos acercaba, era previsible. Aunque al no saber nada de tu especialidad, entre marítima y política, no era —no soy— quién para juzgarte. Lo que sé es la pasión que ponías en practicar la historia de una manera casi atlética, como algo que te incumbía de cerca y justificaba ante ti mismo y los otros, esas tus multiplicadas horas de trabajador infatigable.

Pese a tus iras jupiterinas, eras bueno, se te notaba en tu compasión. Ahora me quedan dos imágenes tuyas que parecen contradictorias y son, tal vez, sólo complementarias. La primera es la de verte ya, para siempre, al volante en ese maravilloso viaje a Oaxaca que tuvimos la suerte de hacer los tres el año pasado. Viaje en el que luchaste con montañas, caminos, curvas y esa tormenta wagneriana que se desató sobre nuestras cabezas al momento mismo de llegar a destino. Ése era el Carlos voluntarioso, empecinado, triunfador de sí mismo: no sabes cómo me gusta conservar esa estampa.

Empero, prefiero la otra imagen también muy tuya. Se refiere al gatito huérfano que te trajeron —los últimos días que pasé en tu casa— y que adoptaste y malcriaste en el sagrado recinto de tu majestuoso dormitorio, corazón de esa casa tuya, íntima y generosa, llena de libros, papeles, máquinas, para investigarlo todo, pensarlo todo, escribirlo todo. La súbita dedicación a ese gatito tuyo dejaba transparentar lo que tu fuerza de carácter trataba inútilmente de disimular: tu ternura por los seres desvalidos.

Ahora, cuando llegue de noche a San Jerónimo, a horas imposibles, no estarás para recibirme al pie de la escalera y darme ese abrazo cariñoso que le dedicabas al incansable amigo viajero. En cuanto a mí, debes saber que con la voz interna, la que no se oye, te seguiré hablando. Y —a mi vez— te escucharé en esas tres lenguas tuyas: el catalán, el español y el mexicano que adoptaste como propio.

No obstante, al momento de partir otra vez, te advierto que hay una sola palabra —adiós— que no podré, que no querré decirte nunca, Carlos.



En su biblioteca, hacia 1992.